

## Reseñas

Colin RENFREW (ed.), *America Past, America Present: Genes and Languages in the Americas and Beyond*. Papers in the Prehistory of Languages. The McDonald Institute for Archaeological Research, Cambridge, 2000. x + 175 págs. ISBN: 1902937015.

El principal objetivo de esta publicación es tratar la compleja situación histórica, o mejor dicho, prehistórica, del continente americano desde dos puntos de vista que tradicionalmente se han visto avocados a la nula comprensión mutua: el lingüístico y el genético, obviamente en sus vertientes diacrónica y molecular respectivamente. Este libro pretende ser un intento de reconciliación a través del cual conocer qué pueden ofrecerse estos ámbitos entre si y cuáles son las posibilidades reales de colaboración. Sea como fuere, al campo de la genética vienen dedicados la mayoría de los estudios aquí recogidos, en una proporción de seis contra cuatro. No en vano este volumen, editado por el arqueólogo Colin Renfrew, que en los últimos años ha orientado sus intereses académicos hacia las colaboraciones interdisciplinarias, siempre con el afán por descubrir qué se oculta más allá de su propia especialización (unas veces de forma más afortunada que otras), ha sido dedicado a la memoria de uno de los más importantes fundadores de la genética molecular humana, James V. Neel (1916-2000), fallecido durante el proceso de edición.

Tras el índice de materias (pp. v-vi), sigue la lista de participantes (pp. vii-viii), donde destaca la presencia de un nutrido grupo de científicos españoles, todos dedicados al campo de la genética y de la biología, corroborando de este modo los importantes avances que se están llevando acabo en nuestro país. Cabe destacar igualmente la participación de Terrence Kaufman, Victor Golla, Merrit Ruhlen y Don Ringe, que además de ser respetados lingüistas, son los únicos participantes, de entre los 23 registrados, que se dedican a esta materia. El título del prólogo, «Population-specific Polymorphisms» (pp. ix-x), firmado por el ya mencionado Colin Renfrew, hace referencia a un tecnicismo del ámbito genetista ideado por Antonio Torrini y su prestigioso equipo. Dado lo complejo de la cuestión podemos tomar, a falta de mejores definiciones, la del propio Renfrew: «Most of the variation within haplogroups was tribal specific, that is it occurred as tribal private polymorphisms. These observation suggest that the process of tribalization began early in the history of the Amerinds, with relatively little intertribal genetic exchange occurring subsequently» (p. x). Lo que viene a decir Renfrew es que cada tribu o grupo poblacional está caracterizado por un elemento genético, lo que implica por necesidad un origen común tardío ciertamente lejano en el tiempo. Si bien la cuestión no tiene más misterio por el lado científico, el paso siguiente se presenta algo más discutible: a partir de la preconcebida existencia de una correlación entre gen y lengua, es decir, que una población dada está caracterizada no sólo por sus genes, sino que también lo está por su lengua, sería definitivo para corroborar el trabajo genetista encontrar la lengua común que toda la población amerindia habló en periodo de comunidad común, lengua que con el paso del tiempo evolucionó, de la mano de otros factores

no lingüísticos (principalmente migraciones), hasta conformar la actual diversidad de la América nativa.

Esta cadena de razonamientos se vería esperanzada gracias a las hipótesis lingüísticas del también recientemente fallecido lingüista Joseph H. Greenberg (1915-2001), que hace ya casi dos décadas planteó que todas las lenguas amerindias descienden de tres troncos, a saber, na-déné, esquimo-aleutiano y el resto, cada uno de ellos pertenecientes a otras tantas migraciones que paulatinamente habrían poblado el continente americano (cfr. Greenberg 1987). Sin embargo, y como se verá a continuación, tanto el presupuesto genetista con respecto a la correlaciones gen-lengua, así como las teorías de Greenberg, han resultado ser poco menos que erróneas. Baste como ejemplo el hecho de que Greenberg sitúa la fecha de aparición de estos tres supuestos troncos lingüísticos en el 12.000 a.C., mientras que la arqueología puede señalar yacimientos mucho antes del 14.000 a.C. (cfr. Dillehay 1997 y, especialmente, Fiedel 1999), con lo que tanto genes como lenguas se enfrentan a un desliz de dos milenios que da al traste con todas las presunciones anteriores. En cuanto a gen-lengua, hay cientos de ejemplos que contradicen semejante correlación, e.g. los *saami*, que genéticamente son un 80% caucásicos y un 20% mongólicos, hablan una lengua perteneciente a la rama samoyeda de la familia urálica. Más llamativo es el caso del finés, lengua también urálica, cuya población posee un 95% de similitudes genéticas con la población indoeuropea. Ni que decir tiene si nos trasladamos a los Balcanes, donde se entremezclan hablantes de diferentes ramas indoeuropeas (albanés, griego, romance, eslavo...) y donde seguramente el mapa genético sea incapaz de asignar unos valores concretos atendiendo a la lengua de cada grupo, puesto que la situación social (daños colaterales durante las guerras, matrimonios mixtos, etc.) debe haber hecho irreconocible la zona desde ese punto de vista. Además, la (pre)historia ha determinado que muchos pueblos impongan sus lenguas sobre otros o que algunas poblaciones se mezclen tanto entre sí que es prácticamente imposible distinguir unos de otros con el paso del tiempo. Por ejemplo, la actual población búlgara habla una lengua eslava, y por lo tanto indoeuropea. Si es cierto que cada población viene caracterizada genética y lingüísticamente, ¿cómo se explicaría el hecho de que estos mismos búlgaros, hace algo más de milenio y medio, fueran un pueblo túrcico, esclavizado tras siglos de dominio? ¿qué ocurriría con la herencia genética de los «túrcicos»? ¿se mezclaría con la nueva indoeuropea, o se perdería por completo, siendo sustituida? ¿es posible reconocer dicha herencia túrcica? Por supuesto, utilizar la genética para demostrar lo contrario, es decir, que una lengua pertenece a un determinado grupo humano porque sus genes así lo dicen, sería un *petitio principii* muy difícil de admitir.<sup>1</sup>

El libro se estructura en cuatro apartados temáticos. La primera parte, «Introductory: Language Distributions and Genetic Variation in Human Population», contiene tres estudios: «Genetics and languages in the Americas and

---

<sup>1</sup> Cfr. Tambets *et al.* 2004, esp. 678: «[...] the grouping of population according to language families should be used exclusively only in a linguistic context». En este artículo se pone además en duda la proporción de genes caucásicos y mongólicos asignada a la población saami, aunque la conclusión sigue siendo la misma: los saami están genéticamente muy alejados de cualquier otro grupo étnico urálico.

beyond: variations at the micro and the macro level», por Colin Renfrew (pp. 3-15), «Evolutionary processes and micro-differentiation: emergence and detection of population-specific variation», por Frances Calafell, David Comas, Anna Pérez-Lezuan, Elena Bosch, Bernal Morena y Jaume Bertranpetit (pp. 17-30), y «The Genetic origins of Old Testament priests», por Nmeil Bradman, Mark Thomas y David Goldstein (pp. 31-44). La segunda parte, «Linguistic Variation in Native American Populations», incluye «Language groupings in the New World: their reliability and usability in cross-disciplinary studies», por Terrence Kaufman y Victor Golla (pp. 47-57) y «Language families of North America», de Victor Golla (pp. 59-72). El tercer bloque, «Molecular Genetics of Native American Populations», viene conformado por «Mitochondrial DNA and the origin of Native Americans», por Antoni Torroni (pp. 77-87), «Gene flow and genetic variation in the Yanomama as revealed by mitochondrial DNA», por D. Andrew Merriwether, Brian M. Kemp, Douglas E. Crews y James V. Neel (pp. 89-124), y «Genetic differentiation of South American native populations inferred from classical markers: from explorative analyses to a working hypothesis», de Lucia Simoni, Eduardo Tarazona-Santos, Donata Luiselli y Davide Pettener (pp. 125-36). La última parte, «Problems with Linguistic Phyla», contiene «Some relevant facts about historical linguistics», por Don Ringe (pp. 139-62), y «Some unanswered linguistic questions», de Merrit Ruhlen (pp. 163-75). El autor de esta reseña se limitará a comentar los trabajos de las partes segunda y última, considerando que el resto se apartan de su ámbito de especialización y deben ser analizados por personas más capacitadas. Todos los artículos vienen acompañados de su correspondiente bibliografía, así como de un rico apartado de notas.

Los estudios vinculados al ámbito lingüístico llaman poderosamente la atención, ya que lo allí expuesto hecha por tierra muchas ideas relacionadas con la hipótesis de Greenberg<sup>2</sup> y las ambiciones genetistas. El primero de estos corre a cargo de Terrence Kaufan y Victor Golla. El objetivo del mismo es concretar qué familias lingüísticas conforman el grueso lingüístico de América del Norte, analizando la validez de éstas y su utilidad para estudios interdisciplinarios. Teniendo en cuenta algunas premisas, como que el método comparativo, con el que se establecen los lazos genéticos entre las lenguas mediante la reconstrucción de un prototipo no documentado, no puede retrotraerse más de diez milenios (ninguna familia amerindia supera los dos milenios a.C. de profundidad), con obvias consecuencias indirectas para la arqueología o la prehistoria, o que el material disponible de muchas lenguas ha sido o es escaso, los autores comienzan el análisis lingüístico del territorio norteamericano. De acuerdo con ellos, cuando llegaron los primeros colonos a América, debían existir aproximadamente mil lenguas, siendo 325 las propias de Norteamérica; después de 1950, sólo doscientas sobreviven. Sea como fuere, y puesto que muchas de esas lenguas extintas durante los últimos 50 años se codificaron y documentaron de una forma más o menos idónea, los lingüistas han podido establecer no menos de 23 familias, con 29 lenguas aisladas, es decir, sin parentesco genético reconocido. A

---

<sup>2</sup> Cfr., en cualquier caso, la definitiva y canónica revisión de Greenberg (1987) escrita por Lyle Campbell (1988).

continuación, los autores describen minuciosamente estas familias, en términos numéricos, cronológicos y geográficos. Finalmente, los autores efectúan una desiderata, donde el punto principal es «[...] to document and describe the large number of heretofore undocumented or poorly documented languages» (p. 54). Siguen la necesidad de un trabajo comparativo aceptable, y para ello, la formación de profesionales en el ámbito de la lingüística histórica. Dicha función es, por desgracia o por necesidad, desempeñada en muchas ocasiones por antropólogos, arqueólogos, etc., es decir, estudiosos que han de desdoblarse para conseguir resultados óptimos. La primera consecuencia de todo ello es un trabajo deficiente, que más que por incompetencia, es el fruto de un sobreesfuerzo no productivo. Dos mapas (pp. 56-7), uno de Centro América y el otro de América del Sur, acompañan el estudio para ilustrar y localizar algunas de las familias y lenguas aludidas en el texto.

El segundo, escrito por Victor Golla, se concentra en las macro-comparaciones, un campo de la lingüística diacrónica que sin duda a genetistas y arqueólogos interesa sobre manera. Las macro-comparaciones intentan demostrar, por lo general sin éxito, la relación genética entre familias ya establecidas. Por ejemplo, una vez confirmada la existencia de un grupo denominado uto-azteca, al que pertenecen entre otras la lengua nahuatl, y el kiowa-tanoan, un grupo diminuto constituido por seis lenguas, la macro-comparación, que sería el siguiente paso, intentaría vincular ambas familias para reconstruir el tronco común del que descenderían. Como es lógico, la problemática de este método radica en el hecho de tener que trabajar sin ningún tipo de documentación, sino que se toma como punto de partida las formas reconstruidas del uto-azteca y del kiowa-tanoan. Una ventaja obvia de las macro-comparaciones es que consiguen retrotraer en el tiempo la información lingüística: puesto que los orígenes de América deben situarse no más allá del 14.000 a.C., y las familias amerindias no reflejan una profundidad mayor de los cuatro milenios, cuanto más posible sea ir hacia atrás, mejor. En esta ocasión, el mapa, que viene sin numerar y como desplegable, se centra en las familias (¡no macro-familias!) y lenguas aisladas de Norteamérica justo después del primer contacto con los colonos.

Por su parte, Don Ringe, quien aclara desde un principio que «[w]e can *never* prove that two languages are *not* related» (p. 156, énfasis de Ringe), hace muy bien al intentar explicar cuales son las cualidades del método comparativo tradicional y cuales son las deficiencias del método utilizado por Greenberg. La idea greenbergiana parte de la comparación bilateral: ésta no es válida porque el número de casualidades que pueden darse si se comparan dos lenguas sería tan alto que desestimaría por sí mismo cualquier resultado. Por lo tanto, piensa Greenberg, si se usan más de dos lenguas, cien o doscientas por ejemplo, el índice de probabilidades debe descender. Sin embargo, Ringe no está del todo conforme con este razonamiento, así que comienza a demostrar como, para sorpresa y alivio entre los clasicistas, desamparo y tristeza entre los defensores de Greenberg, el número de probabilidades se mantiene o incluso aumenta. Ringe concluye (p. 155) que en una comparación donde intervienen 33 lenguas, existe un 95% de posibilidades de dar con similitudes accidentales (cfr. Ringe 1996; Manaster Ramer y Hitchcock 1996), luego el riesgo sigue siendo el mismo, y la conclusión, idéntica: la comparación multilateral o «mass-compa-

«rison» no es correcta, sino una falacia, y por tanto, «[...] it ought to be abandoned» (p. 155).

El último de estos artículos es precisamente una defensa del método greenberiano. Merrit Ruhlen, uno de los más destacados ex-alumnos del profesor de Stanford, pretende demostrar que las macro-comparaciones son una realidad y que el método seguido por Greenberg es el idóneo. Sin embargo, las conclusiones del autor, así como los medios a través de los cuales llega a ellas, disipan cualquier duda acerca de por qué todo lo vinculado con el éxito de la «mass-comparison» continúa siendo una utopía. A lo largo del artículo Ruhlen responde las preguntas que supuestamente son claves para el entendimiento de su postura. Resulta sorprendente que se arremeta contra el clásico método comparativo, pretendiendo hacer creer al lector que la reconstrucción de familias como la indoeuropea o la oceánica, por poner un ejemplo, son innecesarias: «[i]f we consider biology, as far as I know, no biologist has ever demanded that Proto-Mammal be reconstructed, and the path leading to each extant mamad be worked out, before he will believe that mammals are a valid biological taxon» (p. 167). El principal problema es considerar a la lingüística histórica como si fuera biología, y eso no puede ser. Además, el propio autor cae en su propia trampa. Ruhlen parece no haberse percatado de que el método de Greenberg cumple solamente la primera fase del método tradicional: la recogida de material. Pero si de ese material no se extraen leyes fonéticas, derivaciones, reglas morfológicas (pre)históricas ni nada por el estilo, lo que queda es un conjunto de similitudes superficiales que perfectamente pueden corresponder al fruto de la casualidad (cf. *supra*) o a simples préstamos léxicos o morfológicos. Por lo tanto, sólo se refleja un estadio sincrónico, no diacrónico, es decir, no hay evolución, y si un biólogo no necesita la reconstrucción de un proto-mamífero es porque para él la evolución es obvia, siendo esta obviedad la que se busca mediante la reconstrucción lingüística. Por otro lado, algunas de las preguntas planteadas por el autor son completamente prescindibles: si la macro-familia altaica existe o no (pp. 167-8),<sup>3</sup> es un hecho que no debe influir en la situación registrada en América, del mismo modo que la correlación entre gen y lengua no resolverá nada en absoluto, por los motivos antes señalados.

En conclusión, se trata de un volumen en cierta medida polémico, en tanto en cuanto que no queda en absoluto claro cuáles pueden ser las aportaciones del ámbito genetista y lingüístico en la causa común,<sup>4</sup> y porque corre el riesgo de sustentarse en falsos pilares (cfr. Aikhenvald y Dixon 2001). La lectura de los trabajos sobre genética molecular es dificultosa si el lector no dispone de unos conocimientos previos más que elementales, debido a la cantidad ingente de terminología especializa-

<sup>3</sup> La «hipótesis altaica» relaciona genéticamente a las lenguas japonesa y coreana, así como a las familias túrca (turco, turkmeno, uzbeko, kazajo), mongólica (kalmyk, buriato, mongol moderno) y tungusa (evenki, manchú, lamut, nanaj). Sin embargo, nunca ha sido del todo aceptada y la tendencia actual tiende a considerarla inviable. La principal razón que se esgrime para negar su existencia es que cualquier prueba ofrecida como sustento genético no deja de ser el resultado del estrecho e intenso contacto que todas estas lenguas han mantenido a lo largo de milenios en el centro de Asia; cfr. Georg 1999-2000.

<sup>4</sup> De hecho, en este libro no se ofrece un solo trabajo que combine ambas disciplinas, siendo imposible comprobar como funcionan en colaboración estrecha.

da que se utiliza (con la honrosa excepción que constituye el magnífico estudio de Calafell *et al.*). Esta pequeña barrera va en contra de lo que se supone un trabajo interdisciplinario, donde los especialistas de varios campos han de comprenderse mutuamente; haber incluido un pequeño glosario con los términos más habituales explicados de forma sencilla no habría estado de más. Aunque en los artículos dedicados a la lingüística también se utiliza una terminología especializada, las diferencias no son tan abismales. Otro pequeño inconveniente está en la ausencia de cualquier tipo de índice, ya sea temático, onomástico o de cualquier otra índole. Dada la variedad de temas tratados, así como de términos o, por ejemplo, denominaciones de lenguas, hubiera sido todo un acierto incluirlo en la versión final.

Referencias bibliográficas:

- AIKHENVALD, A. Y. y R. M. W. DIXON (eds.)  
2001 *Areal difusión and genetic inheritance: problems comparative linguistics*. Oxford: Oxford University Press.
- CAMPBELL, Lyle  
1988 Reseña de *Languages in the Americas*, de J. H. Greenberg. *Language* 64: 591-615.
- DILLEHAY, T. D.  
1997 *Monte Verde: a Late Pleistocene Settlement in Chile*. Washington: Smithsonian Institution Press.
- FIEDEL, S. J.  
1999 «Older than we thought: implications of corrected dates for Paleoindians». *American Antiquity* 64: 95-116.
- GEORG, R-S.  
1999-2000 «Haupt und Glieder der Altaichen Hypothese: die Körperteilbezeichnungen im Türkischen, Mongolische un Tungusischen». *Ural-Altäische Jahrbücher* 16: 143-82.
- GREENBERG, J. H.  
1987 *Languages in the Americas*. Stanford: Stanford University Press.
- MANASTER RAMER, A. y C. HITCHCOCK  
1996 «Glass Houses: Greenberg, Ringe, and the Mathematics of Comparative Linguistics». *Anthropological Linguistics* 38 (4): 601-19.
- RINGE, D.  
1996 «The mathematics of 'Amerind'». *Diachronica* 13: 135-54.
- TAMBETS, Kristiina *et al.*  
2004 «The Western and Eastern Roots of the Saami-The Story of Genetic 'Outliers' Told by Mitochondrial DNA and Y Chromosomes». *American Journal of Human Genetics* 74: 661-82.

José Andrés ALONSO DE LA FUENTE  
Universidad Complutense de Madrid

Gaspar MUÑOZ COSME y Cristina VIDAL LORENZO (eds.), *La Blanca. Arqueología y desarrollo*. Universidad Politécnica de Valencia, Valencia, 2005. 191 pp. Ils. ISBN: 84-9705-822-4

Este es un libro verdaderamente atípico. Mezcla dos cosas que, siendo perfectamente, y hasta necesariamente, complementarias, rara vez se tratan conjuntamente: la arqueología y el desarrollo, es decir, aborda el procedimiento mediante el cual las poblaciones vecinas de los sitios arqueológicos pueden beneficiarse de la presencia en su entorno de los científicos enfrascados en sus excavaciones y de los resultados de esas excavaciones. Ello sin perder un ápice del interés por la investigación en sí, sin renunciar a ninguno de los "tópicos" con que parece obligado enfrentarse cuando se planea un trabajo de campo. Los profesionales que han urdido tan magnífico proyecto interdisciplinario pertenecen en su mayoría a la Universidad de Valencia y a la Universidad Politécnica de Valencia. Los directores del trabajo, y editores del libro, Gaspar Muñoz Cosme y Cristina Vidal Lorenzo, son bien conocidos en el ámbito de la arqueología mesoamericana, el primero fue arquitecto en el Proyecto Oxkintok (Yucatán, México) y realizó la restauración reciente del Templo I de Tikal, la doctora Vidal Lorenzo, por su parte, dirigió las excavaciones en el Grupo Ah Canul de Oxkintok y ha trabajado igualmente en el sitio guatemalteco de Chocóla. Ambos publicaron un interesante libro precisamente dedicado al Templo I de Tikal.

La Blanca es un yacimiento de extensión media situado en el Petén de Guatemala, no muy lejos de la gran ciudad de Ucanal. Había llamado la atención de viajeros y exploradores antiguos, como atestigua un grafito de 1752 en uno de los palacios de su Acrópolis, pero fue R. F. Merwin quien realizó los primeros planos y fotografías del área, y luego tanto I. Graham como el equipo del Programa Atlas Arqueológico de Guatemala incluyeron el lugar en sus registros y publicaciones.

El libro que reseñamos recoge los resultados de la primera temporada de campo en la Blanca (lugar que también se conoce en la literatura arqueológica como Chac-Ha) durante el año 2004. Cabe felicitar en primer lugar por la prontitud con que esos resultados llegan a la comunidad científica, y también desde luego por las virtudes de la publicación, pues este libro, cuidadosamente maquetado y con una excelente calidad tipográfica, incluye fotografías en color y las mejores reproducciones de cuadros, planos y muestras de laboratorio.

El estudio de la cuenca baja del río Mopán y su patrimonio cultural, a cargo de Óscar Quintana Samayoa, contextualiza La Blanca dentro de la evolución histórica de este sector de las Tierras Bajas mayas. El de Juan Antonio Valdés sobre las últimas épocas de la ocupación humana en el Petén caracteriza el momento en el que debió florecer la ciudad. El núcleo del libro lo constituyen las aportaciones sobre arquitectura y sobre la morfología del terreno en el que se alza el sitio. Gaspar Muñoz estudia la arquitectura y Marina Sender expone los trabajos para el levantamiento arquitectónico. María Teresa Gil estudia el terreno sobre el que se va a llevar a cabo la intervención arqueológica y la restauración de los edificios. Ricardo Perelló hace un análisis del comportamiento estructural de elementos históricos de fábrica referido a La Blanca. Siguen estudios sobre la cerámica del lugar, la caracterización química de los colores, la mineralogía de los pavimentos, las obras de arte

descubiertas ya en las primeras prospecciones, y también una reseña de los saqueos sufridos por la ciudad. Un nutrido conjunto de investigadores, muchos de ellos jóvenes y procedentes de diferentes disciplinas científicas, se unen para abordar los problemas del sitio bajo múltiples perspectivas. Carmen Ramos, María Teresa Domenech, María Luisa Vázquez de Ágredos, Verónica Piles, Begoña Saiz, Sonia Cañada, Ricardo Torres, Juber Orozco, Rafael Cambranes, y, desde luego, Cristina Vidal, son el fruto de la fecunda colaboración del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Valencia y la Politécnica de esa misma ciudad levantina. Finalmente, Rafael Monterde trata el asunto más comprometido, el de la incidencia de la recuperación del patrimonio maya en el desarrollo local. Ahí es donde se plantea en toda su extensión y ramificaciones la acción de las agencias de cooperación, y se describen, desde la instantánea de la vida en la población moderna llamada La Blanca, procedimientos y posibilidades. Como colofón, el conocido historiador del arte Joaquín Bérchez, que es un excelente fotógrafo, como ha demostrado en sucesivas exposiciones celebradas en Valencia, aporta su habilidad y buen gusto con la cámara en una ilustrativa y original galería de imágenes.

En resumen, se inicia con este libro la publicación de un proyecto de gran ambición en un yacimiento maya del Petén. Los mayistas sabemos que es muy difícil hoy en día aportar algo nuevo a la común estrategia de trabajo de campo generalizada en la región. Es muy pronto para sugerir lo que la Blanca puede significar en el futuro de este campo de investigación, pero lo que sin duda es posible afirmar ya es que las personas que han diseñado el proyecto, al igual que este primer libro que da razón de él, han elegido una vía poco transitada y no obstante llena de promesas. A lo sugestivo de los textos aquí reunidos hay que añadir muy especialmente la trascendencia que tiene el que sean fruto de la colaboración de arquitectos, arqueólogos, historiadores del arte, químicos, edafólogos, topógrafos, sociólogos y hasta fotógrafos. Por tanto, nos gustaría terminar esta breve reseña con una loa al método que favorece la colaboración entre peritos en tantos espacios científicos, todos ellos entusiasmados por arrancar al bosque tropical sus secretos, no desde la coyuntural colaboración —que suele ser lo habitual en la mayoría de las excavaciones— sino desde la implicación intelectual y la dedicación plena a un objetivo tan digno de atención como es la antigua civilización maya.

Miguel RIVERA DORADO  
Universidad Complutense de Madrid

Matilde MIQUEL JUAN  
Universidad de Valencia

Jean-François BOUCHARD y Pierre USSELMANN, *Trois millénaires de civilisation entre Colombie et Équateur. La région de Tumaco La Tolita*. CNRS Éditions, París, 2003. 154 pp., 3 cuadros, 10 mapas y cortes, 5 láminas de piezas arqueológicas y 50 fotograbados en color.

Nos encontramos ante un trabajo de síntesis en el que se conjugan dos aspectos básicos en la caracterización de un área, por un lado el estudio geográfico que

reconstruye la evolución ambiental a lo largo del tiempo, definiendo los escenarios en los que se desarrollaron los habitantes en las distintas épocas, y por otro lado la consideración cultural a través del estudio arqueológico comprensivo de los hallazgos y conclusiones presentados con carácter científico hasta el momento presente, en una ajustada síntesis, bien concebida e ilustrada, que permite al lector, iniciado o curioso, situarse en una interesante zona arqueológica intermedia, un poco olvidada por el enormemente llamativo entorno cultural y su proximidad a las áreas marginales de las altas culturas que, más tardíamente, expandieron su dominio o, al menos, su influencia por la zona.

Tras un breve capítulo de agradecimientos institucionales y personales, en los que no falta la mención a los pioneros en los estudios sistemáticos del área, en el prólogo se aborda la intención de los autores de compartir conocimientos y caracterizar la región y sus habitantes con distinta perspectiva de la consideración que valió a los primeros españoles que durante el siglo XVI pasaron por la zona sin encontrar en ella un medio físico fácil, una población dócil, riquezas y monumentos, como habían visto en Mesoamérica o como verían luego en el Perú; pasando, después, a la síntesis por capítulos que se ofrecen al lector a lo largo de la obra, que consta de cinco apartados, elegidos como comprensivos de los factores más significativos para el conocimiento del territorio y los habitantes.

En "Milieux naturels et ressources" se caracteriza geográficamente la franja costera que va desde 1° a 4° norte, entre el sur de Esmeraldas y el norte de Buenaventura en el Pacífico norecuatoriano y surcolombiano, respectivamente. Se abordan los aspectos climáticos —altas temperaturas, humedad y pluviosidad—, el mar y su comportamiento —tanto el mar abierto como el litoral— con sus efectos en las costas, los fenómenos asociados a aquél y la activa línea que cambia periódicamente su morfología, afectando a las condiciones ambientales con las que han venido contando sus habitantes. Un medio natural respetado en la explotación de recursos, tanto terrestres como acuáticos.

Pasando a la temática más estrictamente arqueológica, en el capítulo titulado "La période préhispanique", se sintetiza la exposición de la evolución cronocultural, comenzando por el primer poblamiento, la neolitización y las primeras sociedades formativas de la región costera norandina. Se perfilan las culturas caracterizadas más antiguas: Valdivia en sus diversas fases, aportándose las cronologías de Hill (1972) y Marcos (1999), la última contemplando dataciones obtenidas a partir de  $^{14}\text{C}$  y TL (termoluminiscencia). De esta cultura se destaca, de manera espacial, la producción cerámica de figurillas femeninas, cuya característica principal es el peculiar tratamiento que se da a la representación de la cabellera o peinado; a pesar de desconocerse la función real de estas figurillas, los autores señalan que se ha observado una fragmentación o mutilación intencional que sugiere una posible utilización única, por una sola vez, en rituales u ofrendas.

Del *formativo antiguo* se pasa al *medio* y *final*, a los que corresponden, respectivamente, las culturas Machalilla y Chorrera, ésta última con estilos muy diversos y, quizás, la más característica de la etapa formativa ecuatoriana, con una notable expansión tanto costera como hacia el interior del pie de monte andino y con una complejidad tecnológica en sus elaboraciones raramente igualada por las de otras

culturas, lo que se presenta acorde con la complejidad en la organización social y política de los grupos vinculados a esta cultura.

Se continúa la exposición del proceso con la referencia al *período de desarrollos regionales*, en el que se destaca la cultura de La Tolita, con centro en la isla costera del mismo nombre, situada en la desembocadura del río Santiago, al norte del Ecuador, considerada la metrópoli regional del período referido, con difusión geográfica de su influencia, por el norte, hasta Tumaco en Colombia y, por el sur, hacia Esmeraldas y Atacames.

Siguió el proceso, cronológicamente, con el *período de integración* y, durante el mismo, el territorio se fragmentó en señoríos complejos cuyos vestigios más característicos y difundidos entre los recuperados por la investigación arqueológica son los montículos artificiales llamados, localmente, *tolas*, de tradición más antigua y que llegaron, en el tiempo, hasta la ocupación española del territorio, a tenor de lo registrado por cronistas como Miguel Cabello de Balboa o Juan de Santa Gertrudis.

A continuación, se trata de los principales sitios arqueológicos de la zona, con someras descripciones de alguno de los mismos y con referencias a las investigaciones arqueológicas y excavaciones sistemáticas llevadas a cabo en ellos, así como a los efectos de la acción de los *huaqueros*, tan perjudiciales para el conocimiento científico de los sitios arqueológicos como para la conservación del patrimonio cultural.

Asociando, seguidamente, cerámica y cronología cultural, ya que la cerámica constituye —como es común— el indicador cronológico relativo más fiable y la forma más segura de establecer secuencias, se estudian, con cierto detalle, los recipientes cerámicos a lo largo de los diferentes períodos en los distintos lugares, para establecer dos categorías de recipientes: abiertos y cerrados, que se tipifican, describen y agrupan, tratando las formas especiales separadamente y asignando funciones específicas a cada una de las formas registradas.

En el capítulo siguiente, "Les arts de la période d'apogée", parten los autores de la consideración de "arte mayor" para la cerámica del área andina, como lo serían el tejido o la orfebrería, recorriendo los diversos períodos de ocupación del territorio a través de los restos cerámicos de carácter artístico, además de otros aspectos atribuibles a los mismos, con mención de técnicas, funciones y, desde luego, consideraciones estéticas, aunque sobrepasando la mera valoración plástica. Se abordan temas representados, asociaciones a cultos y rituales, refiriéndose a grupos temáticos específicos, como las representaciones de *cabezas cortadas*, con decapitados o personajes que portan la cabeza de un decapitado; *transformación y uso de plantas psicotrópicas*, con figurillas que representan personajes masticando *coca* o con utensilios para su uso, así como para el del *yopo*; *seres híbridos*, antropozoomorfos con rasgos felínicos, vampíricos o rapaces, máscaras y figuras con máscaras; figuras de *hombre-jaguar* de variada morfología que, en conjunto, evidencian la interacción costa-sierra-selva, el tripartito espacio ambiental tan característico del mundo andino.

Finaliza el capítulo con la consideración de la notable orfebrería que se produjo en Tumaco-La Tolita, desde el primer milenio a.C. a cuya mitad apareció dicha actividad en la zona de estudio; tratándose las composiciones metálicas, tecnología, formas y objetos, usos y funciones de los mismos, en un apartado de la producción arte-

sanal especialmente maltratado por la concienzuda diligencia de los *huaqueros* y recolectores ocasionales de restos arqueológicos, debido al alto valor material de los objetos por los metales en los que fueron hechos.

En "Relations entre Tumaco et La Tolita: navigation, contacts, pratiques funéraires", se trata el tema de las relaciones entre el centro y la periferia del sistema, en las zonas de expansión de la cultura estudiada, partiendo del análisis de los tipos de desplazamiento costero y fluvial mediante la navegación en diversas formas, aunque sin excluir la posibilidad de desplazamientos por tierra, mucho más difíciles por las características orográficas del área.

No se descuida el estudio en detalle de las condiciones de navegación de cabotaje en las costas colombiana y ecuatoriana, señalando las diferencias existentes para los recorridos en dirección norte-sur y en la dirección inversa, acusando la incidencia de las corrientes marinas en las derrotas a seguir en cada caso para culminar con éxito la navegación en las comunicaciones entre Tumaco y La Tolita, teniendo en cuenta las características de las embarcaciones de la época prehispánica, documentando, además, su antigüedad con los testimonios cerámicos de remeros como tema específico de la cultura de La Tolita. Aportan los autores hipótesis sobre las funciones artesanales relacionadas con las prácticas funerarias, incluyendo la posibilidad de considerar como una gran necrópolis a La Tolita en su período hegemónico, que comenzó a decaer hacia el año 200 de nuestra era.

El último capítulo lleva por título "De la conquête à l'époque actuelle" y el subtítulo "Les régions de Tumaco et d'Esmeraldas du XVI<sup>e</sup> au XXI<sup>e</sup> siècle" y en él se trata de los efectos de la colonización española y algunas de sus consecuencias, como la complicada recuperación de la ocupación incaica o el aporte africano, hasta el momento presente, tanto en lo referido al debilitamiento o, incluso, desaparición de gran parte del contingente indígena, como en lo relativo a las consecuencias medioambientales generadas por cambios en el empleo de los recursos y en las aplicaciones de tecnologías diferentes.

Donde había más de veinte grupos étnicos en las diez regiones del litoral a la llegada de los españoles, en la actualidad, quedan dos o tres grupos en Colombia y apenas uno en Ecuador, a pesar de no haberse colonizado plenamente estos territorios por los españoles. Tras señalar áreas y etnias, se pasa a la exposición diacrónica pormenorizada de las condiciones registradas históricamente en lo referente a sociedad, economía y medio ambiente para cada una de las subregiones: Tumaco en Colombia y Esmeraldas en Ecuador.

En una breve "Conclusión" se nos recuerda la importancia de estos grupos de habitantes del pasado que, desde la prehistoria, vivieron en armonía con su entorno natural, explotando los recursos de forma equilibrada y, prácticamente, inocua; que produjeron una orfebrería y una cerámica de las más elaboradas de América y que, en nuestros días, han desaparecido sin dejar herederos que continúen con sus tradiciones milenarias. Los autores hacen votos porque la memoria histórica, recuperada por la arqueología, sirva para construir un porvenir mejor para los actuales y futuros pobladores de territorios tan cargados de posibilidades como de grandeza.

La extensa bibliografía, el índice de nombres, un breve glosario y las tablas de figuras, fotografías y materias cierran la obra que se complementa con una cuidada

y completa ilustración que ayuda a situar y apreciar los contenidos de un excelente trabajo de recopilación depurada y esencial para la visión panorámica temporal de una región intermedia de gran tradición cultural en la América andina del pasado y del presente.

Lorenzo E. LÓPEZ Y SEBASTIÁN  
Universidad Complutense de Madrid

James LOCKHART, *Nahuatl as Written. Lessons in Older Written Nahuatl, with Copious Examples and Texts*. Stanford University Press y UCLA Latin American Center Publications, Stanford, 2001. x + 251 págs., il. ISBN: 0804744580.

Hasta ahora el interesado en el aprendizaje de la lengua náhuatl clásica, aquella que los aztecas extendiesen por toda Mesoamérica y fuera reconocida incluso por el rey español Felipe II al convertirla en lengua oficial de la república de Indias, disponía, al margen de infinidad de compendios gramaticales, de dos magníficos manuales, uno a cargo de Richard J. Andrews (1975) y el otro de Michel Launey (1992), éste último traducido al castellano para más facilidad del hispanohablante. La reciente publicación de James Lockhart, reconocido traductor e historiador, entre otras, de la época postcolonial (si no el mejor), viene a sumarse a este reducido número de herramientas pedagógicas que facilitan la adquisición de una lengua tan complicada, pero a la vez bella y sutil, como es el náhuatl.<sup>1</sup>

La obra comienza con una expresión extraída del *Codex Florentino* (compilado entre 1576 y 1577): *nacatl in itlaqual quauhtli* (libro 11, capítulo 2, párrafo 4), que no quiere decir otra cosa que «la carne es el alimento del águila» (p. v), muy significativa dado el carácter de este volumen. Tras el índice de materias (pp. vi-vii) figura un prólogo cuanto menos curioso e informativo (pp. viii-x). En él queda claro que el objetivo del autor es proporcionar un medio útil y práctico de aprendizaje que combine el uso intensivo de las fuentes clásicas con la más pura y diáfana metodología didáctica que, tras muchos años de enseñanza, Lockhart ha podido desarrollar, evaluar, mejorar y, finalmente, publicar. El hecho de manejar desde el primer momento textos originales facilitará al alumno la tarea de comprobar ante qué tipo de lengua se encuentra, no sólo desde el punto de vista lingüístico, sino desde el histórico y el literario, porque, le pese a quien le pese, el náhuatl fue una lengua de cultura y ante todo, una lengua literaria.<sup>2</sup>

Por otro lado, es expreso deseo del autor, y finalidad por lo tanto también de su libro, que el alumno utilice al mismo tiempo que este manual la gramática que Horacio Carochi (1586-1666) escribiera hace ya casi más de cuatro siglos, pero que, como le ocurre a otras muchas cosas, el tiempo no ha envejecido o hecho perder

<sup>1</sup> De hecho, *nahuatl* significa «claro, que suena bien».

<sup>2</sup> En este sentido, Lockhart tiene toda la razón al comentar que «I am not sadistic, but I have no doubt that with any language, and more particularly with the written form of a rare and little understood language, you learn best, most permanently, even most quickly, if you are forced to reach conclusions, or at least to reconstruct them, by yourself» (p. viii).

vigencia. Lockhart proporciona la mejor versión actualizada, comentada y anotada que se haya realizado hasta la fecha de tan importante documento (Carochi 2001). Por lo tanto, de acuerdo con el autor sería lo más deseable que el interesado adquiriera igualmente este volumen, aunque un examen detallado del que ahora se reseña demuestra que esa opción no tienen porqué llevarse a la práctica. Acaba la introducción con una lista dedicatoria que entre otros incluye al propio Horacio Carochi.

Un total de 20 lecciones componen el cuerpo del libro. La estructura de estas unidades didácticas es siempre la misma: a través de explicaciones sencillas y desprovistas de terminología lingüística, se tratan diferentes aspectos de la gramática náhuatl, siendo ilustrados con numerosos ejemplos mediante los cuales la parte teórica queda perfectamente explicada. En alguna ocasión se incluyen fragmentos de textos para situar en un contexto idóneo los elementos gramaticales tratados. La extensión de las mismas ronda, sin excepción, entre las cinco y las diez páginas. No obstante, resultaría un tanto injusto decir que se trata de un método de aprendizaje progresivo, puesto que algunas lecciones parecen estar ubicadas al menos en un lugar poco propicio. Llama especialmente la atención la dedicada a la ortografía (número 17, pp. 104-16), imprescindible para el alumno neófito que desconoce cómo es la lectura de las convenciones gráficas del náhuatl clásico, convenciones que por otro lado no son sistemáticas en determinados casos (véase la codificación de los fonemas /s/, /k/ o /w/, presencia o no de vocales largas y del «saltillo», etc.).<sup>3</sup> Súmese a esto el hecho de no hacer referencia alguna a la paleografía, ya que si bien Lockhart recoge una cantidad ingente de textos y ejemplos extraídos directamente de las fuentes originales, dicho material ha pasado primero por el filtro de una ortografía más o menos normalizada. No menos cierto es, por otro lado, que el autor no se ha ajustado a ninguna de ellas, pudiendo de este modo mostrar al estudiante la diversidad y complejidad del asunto.

La sección dedicada a la bibliografía comentada, que se incluye en el epílogo (pp. 140-51, donde por otro lado se afirma que una vez completadas las 20 lecciones... será necesario estudiar más), se divide en dos apartados: códices y textos (pp. 140-8), donde se citan, no sin razón, multitud de trabajos firmados por el propio Lockhart, y gramáticas y manuales (o «artes») de aprendizaje (pp. 148-51), también con obvia presencia del susodicho. No se trata de un arranque egocentrista por parte suya, ni mucho menos, sino de la excelente y prolífica producción de la que este profesor de la universidad de California es directo responsable y a la que tarde o temprano todos los interesados, cada vez en grado mayor, han de ir a parar. Si los diccionarios no han sido incluidos, como la lógica haría esperar, es porque el autor ha

---

<sup>3</sup> Lockhart reconoce que «[...] it is important to learn to handle texts as they were actually written, with little or no indication of vowel quantity and glottal stop, yet at the same time I believe in the importance of those elements for an understanding of the language and even in the long run for the ability to decipher texts» (p. 207). Más si se tiene en cuenta que tanto la cantidad vocálica, como la consonante glotal o «saltillo» posee pertinencia semántica, es decir, su presencia o no puede ser decisiva para conocer el significado de una palabra, e.g. *ye* «ya, he aquí» vs. *yē* «en cambio, al contrario» o forma enfática del pronombre *yēhuatl* «él, ella, ello», o *tlatia* «quemar» vs. *tlatia* «esconder, ocultar». Sea como fuere, el autor decide con muy buen criterio respetar la integridad fonológica de las palabras, recogiendo ambos elementos.

considerado oportuno dedicarles en exclusiva el primero de los apéndices que siguen a continuación.

Después del epílogo figuran tres apéndices, cada uno de ellos más práctico y mejor planteado que el anterior. Además del aludido en líneas anteriores sobre el manejo de los diccionarios (pp. 152-62), se suma otro (pp. 163-89) que recoge un texto analizado palabra por palabra (actividad tediosa según el autor, pero de innegable utilidad para los estudiantes), y un tercero que conforma una más que interesante selección de textos, donde se incluyen la versión original en náhuatl y la traducción al inglés (pp. 190-206). En esta selección se recogen testamentos, censos, documentos jurídicos y algún que otro extracto de códigos. Cierra el volumen un extenso y eficaz vocabulario<sup>4</sup> (pp. 207-43) y un completísimo índice analítico (pp. 243-51), gracias al cual es posible encontrar casi cualquier cosa que se plantee.

En conclusión, este manual es sin duda alguna el más práctico de todos los disponibles, y los resultados que se obtienen incluso después de un par de horas de juego son sorprendentes. Ahora bien, la aparente necesidad de un libro complementario, así como el exigente nivel que se percibe desde la primera lección, a pesar de ser una obra dirigida a principiantes sin conocimientos previos de la lengua, hacen restarle unos pocos puntos que, sin embargo, no deben ser tenidos en cuenta hasta que cada cual juzgue si en efecto dicha exigencia se ajusta o no a sus necesidades particulares. En cualquier caso, Lockhart ha conseguido plasmar en este libro su excelente magisterio y sus años de docencia, lo cual ya es de por sí motivo de alegría.

#### Referencias bibliográficas:

ANDREWS, J. R.

1975 *Introduction to Classical Nahuatl*. Austin: University of Texas Press.

CAROCHI, H.

2001 *Grammar of the Mexican Language, with an Explanation of its Adverbs*, ed. bilingüe de James Lockhart. Stanford: Stanford University Press.

LAUNEY, M.

1992 *Introducción a la lengua y a la literatura náhuatl*, trad. Cristina Kraft. México: Universidad Nacional Autónoma.

José Andrés ALONSO DE LA FUENTE  
Universidad Complutense de Madrid

---

<sup>4</sup> El «saltillo» viene representado mediante <h> en tamaño de fuente reducido, e.g. *ihtoa* «hablar», pese a la convención impuesta que estipula `o´ en interior de palabra y ^ al final (*itoa*). Asimismo, en ocasiones la *i* inicial viene recogida entre paréntesis, e.g. (*i*)*itta* «ver», indicando que tras la adhesión de algún prefijo ésta desaparece, e.g. *ninotta* «me veo» < \**ni-no-itta*.

Gerardo FERNÁNDEZ JUÁREZ, *Yatiris y ch'amakanis del altiplano aymara. Sueños, testimonios y prácticas ceremoniales*. Abya-Yala, Quito, 2004. 300 páginas, con fotografías en blanco y negro y bibliografía. Edición rústica. 21 x 15 cm. ISBN: 9978-22-399-1.

Prácticas ceremoniales, especialistas rituales, mundos paralelos y enfermedad: temas que tradicionalmente han llamado la atención tanto de científicos sociales como de legos; y precisamente por ello, sobre los que se ha escrito hasta la saciedad, aunque en no pocas ocasiones sin el rigor debido. Pero no es éste el caso del libro que nos ocupa, obra del antropólogo Gerardo Fernández Juárez, profesor de la Universidad de Castilla-La Mancha, que nos conduce por estos vericuetos desde el rigor académico y desde la experiencia adquirida por quien acumula casi veinte años de trabajo de campo en comunidades aymaras de Bolivia.

Con un estilo directo y accesible a cualquier lector, el autor propone en este trabajo una definición de los universos (reales y simbólicos) por los que se mueven los especialistas rituales aymaras (*yatiris* y *ch'amakanis*), para desde ahí llegar a comprender los distintos componentes que entran en juego a la hora de determinar las causas de «enfermedad» y los tratamientos apropiados en cada caso. Y es éste el primer rasgo que quisiera destacar del trabajo de Fernández Juárez, el de presentarnos una verdadera etnografía de los saberes rituales aymaras buscando en todo momento el punto de vista *emic*. *Quo vadis* Antropología, cuando tus profesionales parecen estar cada día más interesados en laberínticos devaneos teóricos en vez de escuchar la voz de quienes tienen cosas que contar (y a los que desgraciadamente empieza a agotárseles el tiempo para transmitirlos), cuando «pasear por el campo y charlar con los paisanos» (así estima mi amigo Jesús el trabajo de campo) parece algo cada vez más superfluo, cuando la figura del etnógrafo parece estar cada vez más denostada entre buena parte de los que se dicen antropólogos. Por el contrario, este libro nace precisamente de la experiencia compartida por su autor con las gentes del altiplano, de un constante diálogo con los especialistas rituales o, mejor dicho, dejando que sean ellos quienes hablen, prefiriendo él relegarse al papel de un intérprete de sus testimonios. Si éste es un estudio sobre la figura de *yatiris* y *ch'amakanis* en el altiplano aymara, que sean ellos, desde su propia idiosincrasia, y desde la encrucijada en que actualmente se encuentra Bolivia, quines describan su mundo. Ésta es la idea que en esta ocasión nos presenta Fernández Juárez, y desde la que se articula un detallado estudio etnográfico de estas dos categorías de especialistas rituales, con especial atención a la comprensión de los mecanismos y las relaciones de poder simbólico que les permiten ocupar una posición de prestigio, tanto dentro de las comunidades como en los espacios urbanos de la emigración.

Después de una breve Presentación de la obra, dicha propuesta se materializa en cuatro capítulos, secciones temáticas aparentemente independientes pero en realidad estrechamente interconectadas, y que van encadenando aspectos de diversa naturaleza que contribuyen a definir la figura del especialista ritual y sus prácticas ceremoniales. En el capítulo primero, «*Yatiris* y *ch'amakanis*» (pp. 19-52) se presentan, a modo de introducción, estas dos categorías de figuras, incluyendo una casuística de

sus procesos de iniciación, técnicas predictivas y procedimientos rituales empleados en general.

Buscando el símil en una doble trilogía cinematográfica cuya última entrega (la tercera en realidad) acaba de ser estrenada, podría decirse que yatiri y ch'amakanis operan con la misma Fuerza: el yatiri, «el que sabe», «dando sentido a la enfermedad y la salud, a la fortuna y a la desgracia y a todos los hechos que complican y dificultan la existencia de la vida en comunidad» (p. 19); en su reverso, el ch'amakani, «el dueño de la oscuridad», poderoso especialista ambiguo que, además de conocer las artes del yatiri, es capaz de devolver maleficios y producir daño, saberes que le equiparan al *layqa*, el especialista ritual que practica la brujería con ánimo de lucro.

No voy a entrar en el comentario de la casuística descrita por Fernández Juárez, invitando al lector a zambullirse en los testimonios recogidos y analizados en las páginas de este libro. Sin embargo, hay un aspecto en todo ello que sí me parece significativo, que se apunta en este capítulo y que está presente en toda la obra: las diferencias entre las prácticas ceremoniales de las comunidades rurales del altiplano y las de aquellos emigrantes que se instalan en espacios urbanos de La Paz y El Alto. La esencia de las técnicas predictivas y los procedimientos rituales empleados se mantiene, pero cambian las formas y los procedimientos, algo que los aymaras, que se mantienen entre la tradición y el cambio cultural forzoso, no terminan de encajar del todo bien. Pese a ello, es de destacar cómo el papel del yatiri en tanto pieza clave del orden social se mantiene y redimensiona en estos nuevos contextos, sirviendo aquí de nexo entre la ciudad y la comunidad, y entre los llamados «residentes» y los recién llegados.

En el segundo capítulo, «Los testimonios» (pp. 53-120), el autor particulariza esa generalidad descrita con anterioridad desde la biografía ritual de cuatro de estos especialistas, con quienes Fernández Juárez trabajó durante años, tanto en el campo como en la ciudad. A partir de estos testimonios se analizan distintos aspectos de su labor, con especial atención a su iniciación, a través de los sueños, refrendada por visitas rituales a determinados enclaves cargados de poder ceremonial, y a los canales de comunicación mantenida con las diferentes entidades tutelares.

De todas estas cuestiones, hay una que me resulta especialmente llamativa: la relación entre las prácticas ceremoniales y el paisaje. Fernández Juárez habla del yatiri como un «constructor de imágenes» (p. 97), un organizador de mundos virtuales que logra a través de ellas localizar la etiología de la enfermedad y los conflictos, y entonces resolverlos. Personalmente, desde mi trabajo acerca de la construcción de los paisajes sociales y la lógica entre el paisaje, el discurso histórico y la memoria, entiendo que, en tanto que «imaginero», el yatiri actúa también como un *constructor de paisajes*. Primero, porque como parte fundamental de su proceso de iniciación y formación como especialista ritual debe realizar lo que podríamos llamar una *peregrinación de conocimiento*, una serie de visitas a distintos enclaves de condición sagrada reconocida, santuarios como el de la Virgen de Copacabana, en el Titicaca, como especialmente a los elevados cerros de la Cordillera Real, donde los *apus*, los *achachilas*, van a refrendarlo convirtiéndose en sus futuros asistentes. Con ese peregrinar el yatiri incrementa sus conocimientos y gana prestigio, pero al

mismo tiempo va siguiendo y redibujando una serie de mapas mentales a partir de los cuales el pensamiento local ordena el espacio de lo simbólico y fija los itinerarios para moverse en él. Es éste un mundo entre lo real y lo virtual por donde discurren también los caminos del sueño, tan importante entre los aymaras, y cuyos planos de significación debe ser capaz de interpretar el «maestro».

En segundo lugar, junto con las imágenes y los sueños, hay otro elemento básico en la descripción del yatiri como constructor de paisajes: las palabras, parte esencial de las prácticas ceremoniales, y el objeto prioritario de su formación, pues constituyen el canal por el cual el especialista va a poder «conversar» con las entidades tutelares sobre el mundo y sus conflictos, incluida la enfermedad. Y son igualmente las palabras el canal a través del cual se van a realizar las *ch'allas*, pieza clave de todo ritual, el protocolo que da entidad al dominio ceremonial, nombrando y agasajando por medio de libaciones de alcohol a los seres tutelares que lo constituyen. Ahora bien, en tanto que estas entidades están representadas en el paisaje, a través de cada *ch'alla* el yatiri va a ordenar en el ritual dicho paisaje real y lo va a dotar de contenido simbólico, casi mágico. Todo esto queda planteado en la obra de Fernández Juárez, sólo que de manera dispersa, obligando al lector a ir hilvanando distintos fragmentos de los testimonios recogidos y de las maneras de mesa presentadas. Entiendo que no era en efecto el tema de este libro, por lo que me gustaría que este comentario fuera interpretado no como una objeción, sino como una invitación al autor para que en el futuro nos regale con otra publicación específica sobre el tema, un campo respecto del cual considero que todavía queda mucho por debatir.

El tercer capítulo, «Las mesas rituales» (pp. 121-257), está dedicado por entero a las ofrendas ceremoniales empleadas por estos especialistas en su comunicación con las entidades tutelares, con aquellas que han causado el daño que el especialista intenta restaurar, y aquellas que lo asisten en su labor. Después de detenerse en la descripción de sus ingredientes y la explicación de su significado en el conjunto, el autor reconstruye el proceso de preparación de las distintas maneras de mesa de acuerdo con sus comensales, cada una de las entidades que habitan esos universos virtuales con los que trata el yatiri; y en todo ello, prestando especial atención a las palabras que acompañan a la elaboración de la mesa. Sin lugar a dudas, y pese a la advertencia de que ni todos los especialistas rituales siguen el mismo proceder en la elaboración de estas ofrendas, es de agradecer a Fernández Juárez el prolijo catálogo de posibilidades presentado en este trabajo. Sin embargo, he de expresar en este punto una crítica a la edición de la obra. El proceso de preparación de cada una de las mesas rituales descritas y analizadas va documentado fotográficamente, algo que permite captar por entero el valor de la ofrenda como una comida primorosamente elaborada para agasajar a la entidad tutelar con que es necesario tratar en cada práctica ceremonial. Sin embargo, creo firmemente que la reproducción de estas fotografías en formato blanco y negro (con unos niveles de resolución que una vez impreso el libro tampoco resultan del todo óptimos) les resta buena parte de su valor, dado que, más allá de ser meras ilustraciones de relleno, constituyen un auténtico material paralelo del análisis de las maneras de mesa desde la perspectiva de la ofrenda como expresión plástica del ritual. Soy plenamente consciente de las exigencias editoriales y de la necesidad en muchos casos de abaratar costes, pero es una objeción

que no podía dejar de expresar y que considero será compartida por la inmensa mayoría de los lectores.

Por último, en el capítulo cuarto, «Kimsa ch'iwi: Las tres 'sombras' gemelas: Ajayu, animu y kujari» (pp. 259-284) se aborda la cuestión de la responsabilidad y la eficacia terapéutica de yatiris y ch'amakanis a partir del modelo aymaras de configuración del cuerpo y la persona, ofreciendo a este respecto enriquecedores apuntes para una etnografía de las almas (campo éste en el que, a diferencia de lo que ocurre para Mesoamérica o Amazonía, la etnografía andina muestra notables lagunas).

Llegado este punto, quisiera reseñar que ninguno de los contenidos de este libro resultan novedosos en la trayectoria de Fernández Juárez, consagrado etnógrafo entregado al estudio de los especialistas rituales, las prácticas ceremoniales y las ofrendas complejas entre aymaras y kallawayas de Bolivia. Sin embargo, para quienes trabajamos en el altiplano surandino esta obra supone una completa (y esperada) síntesis de algunas de sus publicaciones puntuales anteriores, muchas de las cuales resultan de difícil acceso en España, a veces incluso en bibliotecas especializadas. Desde esta perspectiva, resulta igualmente destacable la revisión bibliográfica que el autor hace del tema, que remonta a trabajos escritos en el paso de los siglos XIX al XX, y que complementa con referencias a aquellas fuentes etnohistóricas que permiten considerar el papel de los especialistas rituales aymaras entre la tradición y el cambio cultural operado a lo largo del tiempo.

Ya para terminar, me gustaría insistir en que, a pesar de que el autor haya cedido la pluma a sus interlocutores aymaras, esta obra dista mucho de la mera biografía de cuatro especialistas rituales, y mucho más de esos best-sellers por todos conocidos, y que supuestos antropólogos (en realidad, afamados escritores) nos hicieron pasar por auténticas etnografías. Por el contrario, Fernández Juárez demuestra su rigor científico en el agudo análisis que hace del testimonio de los yatiris con quienes trabajó, lo que permite contextualizar su figura y sus prácticas ceremoniales dentro de un panorama más amplio de la realidad contemporánea de un pueblo aymara entre la tradición y el cambio forzado. Un análisis ampliado desde la comparación con otros estudios de caso no sólo referidos al mundo andino, sino también de diferentes pueblos amerindios, y ampliamente contrastado con 577 oportunas y enriquecedoras notas a pie de página.

Tan sólo un detalle echado en falta: la presencia de un glosario, donde el autor (igual que ha hecho en la mayoría de sus libros; me consta) podría haber incluido los principales términos indígenas que aparecen en los testimonios recogidos (mezcla de vocablos aymaras, quechuas y kallawayas, así como términos castellanizados cuya acepción se ha ido deformando del original castellano), conceptos fundamentales del pensamiento aymara, o un escueto diccionario de la flora y fauna autóctonas citados en los procesos de elaboración de las ofrendas. Me parece que su presencia facilitaría la comprensión del texto a los lectores interesados en esta obra y no familiarizados con el mundo andino.

En resumen, simplemente concluir que en este trabajo Fernández Juárez ha logrado un magnífico análisis del complejo y ramificado sistema de prácticas ceremoniales aymaras, así como una completa descripción de la figura de los especialistas

rituales, yatiris y ch'amakanis, que creo será difícil de superar. Un libro que atrapa desde sus primeras páginas, y cuyo contenido invita a la reflexión y el debate más allá de los términos planteados por el autor.

Francisco M. GIL GARCÍA  
Universidad Complutense de Madrid

Gerardo FERNÁNDEZ JUÁREZ (coord.), *Salud e interculturalidad en América Latina. Perspectivas antropológicas*. Abya-Yala - Agencia BOLSHIPANIA - Universidad de Castilla-La Mancha, Quito, 2004. 350 páginas con notas, figuras, cuadros, fotografías en color y B/N y bibliografías. 28 x 21,5 cm. Rústica. ISBN: 9978-22-463-7.

En la obertura de esta obra («Presentación: La llama de Tintín», pp. 9-15), Gerardo Fernández Juárez cita la afirmación «de un conocido ex ministro de educación» boliviano acerca de que «nadie pone en duda hoy la interculturalidad en Bolivia, pero así mismo, nadie entiende ni sabe cómo aplicar eso» (p. 11). Y éste es precisamente el eje del libro que aquí se reseña: cómo aplicar la interculturalidad al campo de la salud, o cómo combinar las retóricas de la biomedicina occidental y del pensamiento local en América Latina. ¿Quién no se ha quejado alguna de vez de parecer un mero número de la Seguridad Social, de que cinco minutos escasos no son suficientes para que el médico nos atienda debidamente, de que nadie le explicó el porqué de unas pruebas o los efectos secundarios de un medicamento? Bien, pues a todo ello añadamos el llamado encuentro de culturas (generalmente, más bien encontronazo), los modos de vida distintos, otras concepciones del cuerpo y la persona, diferentes nociones de la enfermedad. Y además, situémoslo en contextos de marginalidad socioeconómica y, muchas veces, políticas de sibilina exclusión, donde el desconocimiento (e incluso desprecio) de los saberes amerindios marca las relaciones de poder, y donde las luchas de capitales simbólicos vienen definidas desde la libre interpretación de una modernidad agrietada.

Buscando el símil médico, podría decirse que en materia de salud e interculturalidad no existen todavía medicamentos genéricos, sino más bien pruebas de laboratorio, siendo ésta la razón fundamental de que no exista un manual de Antropología de la Salud y la Enfermedad, aunque cada vez son más los trabajos puntuales que desde las ciencias sociales (y bastante menos desde las ciencias médicas, o por lo menos con un enfoque muy distinto) abordan estas cuestiones. Sin embargo, sí es quizá posible que los doce ensayos reunidos en *Salud e interculturalidad en América Latina. Perspectivas antropológicas*, y que podríamos agrupar en tres áreas temáticas diferenciadas, conviertan a esta obra en un volumen de referencia a la hora de analizar el concepto de salud intercultural y sus consecuencias en las relaciones existentes entre la medicina occidental y las medicinas indígenas en América Latina.

Partiendo precisamente del interrogante de por qué la medicina occidental tiene tantas dificultades para aceptar otras manera de entender la enfermedad y su remedio, los cuatro ensayos que componen la Primera Parte de esta obra se centran en

discutir las características del modelo biomédico y sus limitaciones de base a la hora de poder desarrollar prácticas interculturales de salud.

En «El regreso de las culturas. Diversidad y práctica médica en el siglo XXI» (pp. 17-30), Joseph M. Comelles argumenta que la biomedicina quiso a lo largo del siglo XX abandonar la cultura en aras de una tecnificación y una profesionalización extremas, llegando a la conclusión de que los distintos contextos de pluriétnicidad e interculturalidad derivados de los movimientos migratorios recientes están obligando a una resignificación cultural de los sistemas sanitarios de los países receptores.

María Teresa Caramés García, en «Proceso socializador en ciencias de la salud. Caracterización y crítica del modelo hegemónico vigente» (pp. 31-52), repasa los paradigmas de la medicina occidental, estableciendo como una constante histórica la alineación del paciente, convertido en mero cuerpo, tipo de afección y/o técnica de intervención. Desde esta posición, y aplicando una perspectiva de género, discute una doble relación entre enfermedad y normas de conducta, entre práctica sanitaria y control social.

Poniendo de nuevo el acento en la emigración, Arancha Meñaca analiza en «Salud y migraciones. Sobre algunos enfoques en uso y otros por utilizar» (pp. 53-64) las nuevas preocupaciones que actualmente se vienen planteando los profesionales de la salud. Argumentando que lo cultural incide fuertemente en la relación entre el personal sanitario y los usuarios del sistema de salud, y más aún en la delimitación social de las patologías, plantea la necesidad de distintas alternativas que podrían aplicarse en la revisión de las políticas y los recursos sanitarios.

Una reflexión similar es la que presenta Xavier Albó en «Interculturalidad y salud» (pp. 65-74), interrelacionando las perspectivas de médico y paciente desde la óptica de lo institucional y de la formación del personal sanitario, aspecto éste que considera pilar fundamental en dichas relaciones.

A continuación de este bloque de carácter más bien teórico, la Segunda Parte de este libro presenta nueve estudios de caso que ilustran sendas experiencias interculturales de salud en América Latina.

En «Salud intercultural y pueblos indígenas: la experiencia de un programa de salud de atención primaria con comunidades Aguarunas de la selva amazónica en Perú» (pp. 75-92), Luisa Abad González plantea el análisis de la interacción entre el sistema de salud formal y el indígena como primer punto necesario de cara al desarrollo de programas eficientes de salud intercultural entre poblaciones amerindias. A partir de su experiencia en un programa de salud de atención primaria entre los Aguaruna de la selva peruana, repasa el papel de los gobiernos, las iglesias y las ONGs en el área amazónica.

En «Wilaqkuna. Un programa en salud intercultural en Bolivia» (pp. 93-106), Roberto Campos Navarro y Luca Citarella presentan los resultados del Programa de Postgrado Wilaqkuna, desarrollado en Potosí durante los años 2001-2002, estructurado a partir de módulos y talleres de investigación-acción en distintos campos de la asistencia sanitaria.

Tomando como eje de su ensayo la distinción entre el mal físico y el mal social, Jacqueline Michaux argumenta en «Hacia un sistema de salud intercultural en Bolivia: de la tolerancia a la necesidad sentida» (pp. 107-128) que los contextos

locales de salud se hacen fuerte eco de la historia política de dichas poblaciones con el Estado. A partir de aquí, y centrada en los aymaras de Bolivia, enfatiza la necesidad de analizar los imaginarios de cara a una mejor comprensión de los discursos que sobre la salud y la enfermedad se trasladan a las comunidades, considerando que las relaciones entre la biomedicina y las medicinas tradicionales indígenas continúan marcadas trágicamente por el recurrente malentendido de los paradigmas del otro.

Amparándose en su propia experiencia, Roberto Campos Navarro vuelve sobre la cuestión de los currículos del personal sanitario en «Experiencias sobre salud intercultural en América Latina» (pp. 129-151), a partir de lo cual reflexiona sobre cómo médico y paciente negocian distintas facetas de sus respectivas identidades, prestando en ello especial atención al discurso y a los malentendidos del lenguaje.

En «Promotores rurales de salud en el oriente de Guatemala. De la negociación a la desorientación ante capacidades médicas occidentales» (pp. 153-168), Julián López García parte de la idea de que, dado el alto grado de emotividad positiva en juego, el diálogo entre sistemas médicos queda marcado por la competencia de recursos, más ideológicos que técnicos. Desde aquí, plantea la idea de una práctica sanitaria mestiza, analizando la figura del que considera principal exponente: el promotor rural de salud, un verdadero malabarista de paradigmas biosanitarios y tradicionales en su tarea de reconocer los síntomas de la enfermedad, e incluso la enfermedad misma, y aplicar un tratamiento.

Trasladando este mestizaje sanitario a la Amazonía brasileña, Oscar Calavia Sáez reflexiona en «La barca que sube y la barca que baja. Sobre el encuentro de tradiciones médicas» (pp. 169-180) acerca de cómo los Yaminawa combinan conceptos y tratamientos de la salud y la enfermedad según conviene a sus relaciones con el mundo de los blancos y viceversa. A partir de aquí, compara la valoración que los Yaminawa hacen de las figuras del médico y el chamán (y por ende, de la biomedicina y la medicina tradicional) desde la óptica de la eficacia simbólica.

En «Una etnografía del 'año de provincias' y de 'cuando no hay doctor'. Perspectivas de salud intercultural en Bolivia desde la biomedicina convencional» (pp. 181-212), Juan Antonio Flores Martos se centra en el gran olvidado de los estudios sobre antropología de la salud: el médico. Para ello, analiza la retórica de los recuerdos que diferentes facultativos guardan de ese periodo de prácticas en las comunidades y que se les exige como requisito imprescindible para su acreditación profesional; una experiencia planteada desde una idea de frontera en lo político-administrativo, la intendencia y los recursos, y muy especialmente en lo cultural.

Francisco Ferrándiz analiza en «La corte médica en el espiritismo venezolano. Encuentros y desencuentros entre biomedicina y cura mística» (pp. 213-231) la figura del Dr. José Gregorio Hernández, ilustre médico del cambio del siglo XIX al XX, en torno al cual se ha organizado un culto popular de base espiritista que lo convierte en una suerte de *broker* «tecnomístico» entre tradiciones y prácticas sanitarias.

Tomando como punto de partida la idea de que los conceptos de salud y enfermedad resultan piezas clave para el entendimiento de una cultura, en su ensayo «En el Museo de la Medicina Maya» (pp. 233-250), Pedro Pitarch Ramón reflexiona sobre los conflictos entre la biomedicina y la medicina tradicional en Chiapas, comentando esta iniciativa museográfica como pretexto para abordar cuestiones vinculadas a

las relaciones sociales, la organización política, las creencias religiosas o el concepto de persona. Así, aborda la figura del chamán y sus prácticas rituales desde un prisma facetado que le permite ahondar en cómo la institucionalización de los saberes tradicionales modifica no tanto dicha práctica como su valoración en el interior de las comunidades y sus representaciones de cara al exterior.

La tercera parte de la obra presenta cinco ensayos centrados en el análisis de la estrecha relación existente entre la enfermedad y los conceptos de cuerpo y persona que poseen distintos grupos amerindios y afroamericanos de América del Sur.

En «Cuando el 'cuerpo' está lejos. Enfermedad, persona y categorías de la alteridad entre los indígenas Pumé de Venezuela» (pp. 251-264), Gemma Olobitg Canal examina los factores que hacen que todo lo relacionado con el mundo exterior de este grupo se implique en su representación de los problemas de salud y viceversa, resolviendo que la enfermedad y el sufrimiento constituyen experiencias fundamentales a partir de las cuales la identidad (individual y colectiva) y las alteridades sociales y míticas interactúan entre sí y amplían la representación de la realidad a otros mundos paralelos.

En «Del proyectil al virus. El complejo de dardos-mágicos en el chamanismo del oeste amazónico» (pp. 265-278), y partiendo de la idea de una concepción de la enfermedad en la cual se privilegian las causalidades sociales e intencionales, Jean-Pierre Chaumeil analiza la dimensión sociopolítica del chamanismo a través de la interpretación de estos dardos mágicos como pieza clave de un intrincado complejo etnoviológico dentro del cual van a actuar a la vez como agentes patógenos, agentes terapéuticos y protección inmunitaria. Desde esta perspectiva, se resuelve la acción terapéutica del chamán como la captura del dardo-«virus», su neutralización y su devolución al presunto lugar de origen convertido en dardo-«vacuna», lo que permite trazar vastas redes de intercambio chamánico.

Gerardo Fernández Juárez, en «Ajayu, Animu, Kuraji. La enfermedad del 'susto' en el altiplano de Bolivia» (pp. 279-303), aborda un aspecto poco tratado en la etnografía andina: la tipología de las almas que integran la persona, tres «sombras» cuya pérdida hace que el afectado enferme y muera si la acción del especialista ritual no consigue restituirla. Así mismo, y a partir del análisis del «susto» (quizás la forma más común de pérdida de una de estas almas) se penetra un sistema ético regido por el dominio del valor entre los aymaras; privados de él a consecuencia de las afecciones del alma quedan anulados en el cumplimiento de sus obligaciones familiares y comunitarias, extendiéndose así la enfermedad individual al conjunto de la sociedad.

En «Salud y enfermedad en el candomblé de Bahía» (pp. 305-321), y a partir del estudio de las enfermedades contagiosas y de la piel, Andrea Caprara hace un recorrido terapéutico a través de la experiencia de la enfermedad, lo que le permite interconectar las relaciones del individuo con las divinidades, su estilo de vida y las relaciones con su contexto social.

Criticando la postura colonialista y depredadora de la buena parte de los estudios de etnobotánica, en «Conceptos y clasificaciones tradicionales mapuche de la biodiversidad vegetal. Una investigación etnobotánica basada sobre un enfoque intercultural, participativo y aplicado al desarrollo» (pp. 323-346), Luca Citarella, Pelayo Benavides, Rosendo Huisca y María Lar Millapan presentan el proyecto de Taller

Intercultural y su principal contribución al rescate y valorización de los conocimientos tradicionales mapuches sobre la aplicación terapéutica de los recursos vegetales de su entorno: la redacción de un glosario intercultural sobre plantas medicinales, en el que se incluyen taxonomías, análisis etimológicos de los nombres locales y contextualización de la biodiversidad en la cosmovisión indígena.

Por último, en «Epílogo: reflexiones en voz alta acerca de las precisiones e imprecisiones de la llamada salud intercultural» (pp. 347-350), Luisa Abad González propone una reflexión general sobre las imprecisiones que rodean a la idea de salud intercultural y sus consecuencias en su puesta en práctica entre poblaciones indígenas y mestizas de América Latina.

En fin, doce ensayos reunidos en *Salud e interculturalidad en América Latina. Perspectivas antropológicas* que convierten a esta obra, insisto en ello, en un volumen de referencia a la hora de analizar el concepto de salud intercultural y sus consecuencias en las dinámicas de relaciones existentes entre la medicina convencional y las medicinas indígenas en América Latina, y cuya lectura resultará sin duda edificante tanto a antropólogos como a profesionales de la salud.

Francisco M. GIL GARCÍA  
Universidad Complutense de Madrid

Juan Javier RIVERA ANDÍA, *La fiesta del ganado en el valle de Chancay (1962-2002). Religión, ritual y ganadería en los Andes: etnografía, documentos inéditos e interpretación*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2003. 651 págs.; incluye mapas, cuadros y fotos a color. ISBN: 9972-42-570-3.

Aunque este libro, el primero del joven antropólogo peruano Juan Javier Rivera Andía, haya sido incluido entre los mejores libros del año por uno de los diarios más importantes del Perú<sup>1</sup> y haya ganado el premio nacional a la investigación en el año 2004<sup>2</sup>, nos gustaría señalar, con ciertos detalles, algunos de sus aciertos y aportes. El volumen, de más de seiscientas páginas y abundante material gráfico, contiene, sin lugar a dudas, la etnografía más completa y detallada de la herraanza andina que se haya publicado hasta el día de hoy. Pero las descripciones de este libro —atentas a los gestos, a la distribución del espacio, a los testimonios de los participantes y a las metáforas más frecuentes— no se limitan al presente, sino que abordan el pasado. Juan Javier Rivera Andía ha recuperado y transcrito gran parte del enorme corpus de testimonios, fotografías y pentagramas que el desaparecido antropólogo Alejandro Vivanco Guerra, el desconocido y ejemplar discípulo de José María Arguedas, deja-

<sup>1</sup> «Los mejores libros del año 2003». Por: Ricardo González-Vigil. En: Diario *El Comercio*. Sábado 3 de Enero de 2004. Pág. A-5.

<sup>2</sup> Se trata de «Premio nacional CONCYTEC 2004. Estímulo a la creatividad científica y tecnológica», en la categoría de «Investigación en Ciencias Humanas y Sociales», convocado anualmente por el Concejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

ra inéditos hace ya cuarenta años. Hay aquí un tema tan importante como caro para la antropología peruana: el cambio. La comparación de ambos retratos —el del Juan Javier Rivera y el de Alejandro Vivanco— nos brinda, por vez primera, la oportunidad de estudiar con precisión la transformación cultural en el Perú. Esta precisión nos es otorgada por la delimitación estricta que hace Rivera Andía de una región (el valle de Chancay, en el departamento de Lima), de una época (exactamente cuarenta años, entre 1962 y 2002) y de un fenómeno (las celebraciones en torno a la identificación del ganado) determinados. La vocación etnográfica de este libro refresca, pues, un ambiente académico que, como el andinista, a veces se encuentra saturado de interpretaciones apresuradas.

Este libro intenta, además, una exégesis que, con algo de ventura, nos aproxima al sentido de los sistemas simbólicos religiosos que animan las celebraciones descritas por el autor. Sin embargo, creemos que la ascesis del análisis carece de una euforia y de un personalismo que contrastan quizá demasiado con la densa etnografía que le precede.

Completan este valioso libro una breve colección de textos escritos por los mismos habitantes de esas comarcas y algunos cuentos populares recopilados durante el trabajo de campo en la región. Finalmente, encontramos dos exhaustivas bibliografías: una sobre la herraanza en los Andes peruanos y otra sobre los estudios sociológicos realizados en el valle de Chancay.

Los precedentes del análisis y de la etnografía del libro se encuentran en las tesis de licenciatura y maestría sustentadas por Rivera Andía en la Pontificia Universidad Católica del Perú. En el libro se logra, además, la publicación, por vez primera, de los valiosos documentos escritos por Alejandro Vivanco —uno de los menos conocidos discípulos de José María Arguedas— hace ya cuatro décadas. A pesar de contener materiales tan variados —etnografías, interpretaciones y documentos—, la coherencia del libro nos muestra un texto pensado como tal desde el principio. Juan Javier Rivera Andía ha intentado resolver algunas de las preguntas sugeridas en este libro en numerosos artículos publicados en varias revistas especializadas de Latino América, España y Estados Unidos (como *Anthropologica* de la PUCP, la *Gazeta de Antropología* de la Universidad de Granada y el *Journal of Anthropological Research* de la University of New Mexico).

Sólo tenemos un reparo que hacer al libro: su título nos habla de «religión, ritual y ganadería». Creemos que hubiera sido más adecuado usar la noción de «simbolismo» en vez de la de «religión». En términos ortodoxos, una religión implica una iglesia, una institución jerárquica con funcionarios más o menos especializados en los oficios religiosos: ése no es el caso de los rituales descritos por Rivera Andía —al menos en el valle de Chancay—. Sin embargo, podemos comprender el propósito del autor: enfatizar algo que los estudios de rituales en el Perú —siguiendo a algunos colegas norteamericanos— tienden quizá a descuidar. En efecto, el análisis del rico conglomerado de ceremonias populares en nuestro país ha tendido recientemente, no sólo a descuidar la etnografía, sino a ver exclusivamente lo que Roy Rappaport ha llamado los «mensajes autorreferenciales» del ritual: la *performance*, el prestigio, la reafirmación de la masculinidad, etcétera. Siguiendo con esta terminología, podemos decir que el interés central de Rivera Andía son los mensajes

canónicos, no codificados completamente por los participantes del ritual, aquellos que precisamente distinguen el ritual humano de los actos recurrentes de los monos o cangrejos.

Además de este reparo, nos gustaría señalar dos perspectivas adicionales y complementarias que podrían aplicarse en adelante a los rituales estudiados por Rivera Andía. En primer lugar, el análisis de los mensajes autorreferenciales ya mencionados (sobre todo ahora que ya se ha emprendido el estudio de los discursos canónicos). Y, en segundo lugar, sería interesante incluir en el análisis las investigaciones etiológicas sobre el comportamiento de ciertos animales principales en los ritos en cuestión (como las reses o la perdiz kiwyu), y las consideraciones ecológicas sobre el medio ambiente que constituye el escenario del pastoreo del ganado y del pueblo de los hombres.

Con todo, es notable la valentía de este joven investigador. Sus investigaciones, realizadas sin muchos recursos económicos, y su alejamiento consciente de ciertas modas ideológicas que hoy predominan en el Perú nos dan un ejemplo más de la vieja sentencia de Oscar Wilde: «una idea que no es peligrosa no merece de ninguna manera el nombre de idea».

Eduardo LINARES  
Pontificia Universidad Católica del Perú

Juan Javier RIVERA ANDÍA y Adriana DÁVILA FRANKE (eds.), *Músicos en los Andes. Testimonios y textos escritos de dos músicos del valle de Chancay (sierra de Lima)*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2005. 183 págs.

Este libro, breve pero denso, constituye el tercer volumen de la colección Etnográfica, publicada, bajo la dirección de Alejandro Ortiz Rescaniere, por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Esta joven colección de libros está consagrada a temas antropológicos y sociológicos de actualidad y al aporte de materiales comparativos para el estudio del cambio de la sociedad rural y urbana de las sociedades sudamericanas en los últimos sesenta años. Los números que publica Etnográfica nos prometen describir los fenómenos actuales y proporcionar materiales confiables para el análisis serio del cambio social y cultural.

Este trabajo tiene un propósito específico: brindar al lector una aproximación a los músicos andinos contemporáneos. Los editores realizan esta aproximación a través de dos testimonios y dos documentos recopilados en el valle de Chancay, uno de los abruptos valles de la vertiente occidental de los Andes peruanos (el valle de Chancay, en la sierra de Lima). En la introducción, el libro nos brinda algunos datos generales acerca de la comarca en que habitan los músicos presentados, el contexto en el que se enmarcan los testimonios y los textos recogidos y los antecedentes y las motivaciones presentes en la realización de este trabajo.

En los pueblos de los Andes casi todos son, en alguna medida, músicos o cantantes. Los rituales en torno a la identificación del ganado y a la limpieza de canales de riego son un buen ejemplo. En ellos se entonan canciones sin cesar, se componen

versos y se tocan diversos instrumentos nativos y europeos. Los campesinos que interpretan el arpa, el violín y la mandolina son tan numerosos como los que saben aporrear los tambores de cuero y corteza, o soplar las trompetas hechas con cuernos de toros. A veces, se encuentran pueblos enteros dedicados a la música y a la formación de bandas, cuyas giras a través de los pueblos andinos son tan constantes como sus fiestas.

Los dos músicos cuyos testimonios y escritos se publican en este libro, Aquiles García Pastrana y Julián Montesinos Tupia, representan dos estilos de la música que hoy predomina en los Andes. Aquiles García es el director de una banda de música muy activa hoy en día. Con ella, D. Aquiles viaja por los pueblos recopilando canciones e interpretando sus propias composiciones. Julián Montesinos, ahora retirado, fue, en cambio, un cantautor que se ganó su renombre en concursos provinciales y en coliseos ciudadanos. Es también notable que ambos hayan apelado a la escritura por cuenta propia: D. Julián tiene un cancionero, D. Aquiles ha llenado un cuaderno sirviéndose de su entrañable conocimiento de las fiestas de su pueblo. Ambos, siguiendo una tendencia muy marcada entre los músicos populares de los Andes, difunden la música popular de origen ciudadano tanto y a veces más que la de sus mismos pueblos. En los Andes, como se sabe, la música difundida por las ciudades y los medios masivos de comunicación tiende a reemplazar o a fundirse con la música que cada pueblo ha conservado durante años como un patrimonio de su especificidad.

Los textos aquí transcritos son también una muestra de una actividad bastante difundida en las villas andinas: la escritura de sus intelectuales. Pero hay algo que diferencia de modo marcado esta escritura de aquella de los intelectuales provincianos, a la que tanto le debe la antropología en el Perú. En los cuadernos de Aquiles García y Julián Montesinos estamos frente a ejemplos de un particular tipo de escritura: la de campesinos, o excampesinos. Estamos frente a una escritura que proviene de un ámbito cuyas expresiones, de enorme riqueza cultural, han sido tradicionalmente orales. Es por eso que los textos que aquí comentamos tienen otro sabor que el de los «señores» o «mistis» que escribían en castellano desde regiones con una densa población de habla quechua o aymara, y cuyos más importantes representantes han sido Demetrio Roca Wallparimachi, Sergio Quijada Jara, Pedro Villar Córdova, Marcos Yauri Montero o el mismo Vivanco.

Los antropólogos Rivera<sup>1</sup> y Dávila<sup>2</sup> nos entregan algo más bien nuevo en la literatura folklórica conocida y, por tanto, en las fuentes etnográficas andinas: un campesino, que es también un artista, se preocupa por describir el mundo, por escribir sobre ese mundo que conoce tan de cerca, en el que ha nacido. La escritura de D. Aquiles parece provenir de una vida que lo ha distanciado del mundo campesino. Es probable que Aquiles García no hubiese escrito lo que escribió si no hubiese visto antes la ciudad donde sus hijos medran hoy. Quizá no lo habría hecho sin haber visto

---

<sup>1</sup> Juan Javier Rivera Andía se ha dedicado a la investigación y la docencia en la Pontificia Universidad Católica del Perú, la Universidad de Lima y el College of the Holy Cross (en Worcester, Massachusetts). Actualmente realiza un doctorado en Ciencias de la Religión, gracias a una beca de la Unión Europea, en la Universidad Complutense de Madrid.

<sup>2</sup> Adriana Dávila Franke se ha dedicado, además de a las ciencias sociales, a la actuación (para teatro y cine) y a la ficción literaria (en poesía y guiones).

el espectáculo de Lima y Huaral, dos ciudades convulsionadas, populosas, llenas de gente proveniente de todas las regiones del Perú: después de haber visto dos ciudades que reúnen las gentes de antiguas comarcas con idiomas, emblemas y costumbres distintos.

Los testimonios recogidos por Juan Javier Rivera Andía y Adriana Dávila Franke poseen, pues, un valor innegable. Dichos testimonios nos ayudan a la comprensión de las dinámicas sociales y culturales puestas en juego en el quehacer de los músicos andinos. Nos aproximan, además, con mucho detalle, a las vicisitudes, circunstancias y maneras en que se realiza la creación musical de los artistas de los Andes. Rivera y Dávila nos entregan textos que constituyen la narración vital de compositores e intérpretes que pueblan con sus melodías las fiestas comunales y los sueños del hombre andino. Rescatan, en esta obra, no sólo los testimonios de Aquiles García Pastrana y de Julián Montesinos Tupia, sino también una serie de textos que consignan importante información acerca del valor que ellos otorgan a su propia actividad artística y su proceso creativo. Estos testimonios son transcripciones directas de sus propios cuadernos y diarios, por lo que, al cabo de un tiempo, este libro constituirá un importante documento histórico.

Eduardo LINARES  
Pontificia Universidad Católica del Perú